



Eusebio Leal: Pasión por la palabra

| Yuris Nórido

La historia de este hombre es ejemplo meridiano del poder del empeño y la determinación cuando acompañan al talento.

Humilde fue su cuna. Eran otros los tiempos. No pudo el niño acceder a la educación que sus capacidades y deseos ameritaban. Pero el anhelo de aprender lo acompañó siempre.

Los libros le abrieron puertas que parecían cerradas: un mundo que se antojaba infinito, como infinita es la sabiduría universal: a cada hombre le es dable solo una porción ínfima, y así y todo, es titánica la labor de conquistarla, de atesorarla, de legarla a los demás en el ejercicio honorable del magisterio.

Eso lo comprendió rápidamente aquel niño, aquel adolescente que pasaba horas —sus mejores horas— leyendo.

La Revolución triunfante de enero de 1959 marcó los derroteros de su generación, muchos de esos muchachos tuvieron delante un compendio nunca vislumbrado de posibilidades.

Él llamó la atención por lo encendido de su verbo, por su facilidad para trenzar ideas, que acudían en tropel deslumbrante. La retórica es arte de fascinación, fascinación útil

y duradera si está sustentada por la profundidad y la contundencia del pensamiento. Era su caso.

Pero todavía faltaba mucho estudio, mucho intercambio provechoso con los grandes intelectuales... y con la gente común, que no es tan común en definitiva: todos tenemos algo para enseñar, lo que a veces faltan oídos.

Él escuchó mucho, no temió tocar puertas, se asomó curioso al torrente de la historia (la más evidente y la recóndita), buscó referentes, comparó, puso en contexto, se empeñó en descubrir grandes cauces y afluentes.

Y supo que la historia no es mármol frío e impassible, sino cuerpo palpitante. La historia es la gente. La historia es construcción permanente. Y a la gente y a esa construcción se consagró.

No ha sido nunca un sabio de gabinete. Ha recorrido las calles, ha palpado las piedras sobre las que se erigen los monumentos, ha concretado ideas. Quizás por eso le ha faltado tiempo para escribir.

Pero la ciudad y sus habitantes son su libro mayor. Y cada vez que nos habla, conmueve, tales son su vuelo y su verdad.

Eusebio Leal Spengler es uno de los puntales de nuestra Repúli-

ca de ideas, esa que preside José Martí (su Martí venerado, siempre acreedor).

La dedicatoria de esta Feria del Libro es, no menos, un acto de justicia.

- Acabo de cumplir 50 años de mi trabajo, de los cuales he dedicado 25, solo, dentro de las prioridades, a tratar de preservar esa sonrisa de La Habana que es el Malecón. Me ha dolido que el mar, que tanto amo, haya dañado irreversiblemente el Malecón y que tenga que asistir a la demolición de edificios del Malecón, por los cuales tanto he luchado. La cosa que más me ha dolido ha sido la necesidad de trasladar el monumento del Mayor General Calixto García. Nunca lo imaginé. Pero como el mar regresará, todo intento de restaurarlo por cuarta vez sería inútil. Lo único que me consuela es que dentro de pocas semanas comenzarán los trabajos en el nuevo emplazamiento y será tan bello, tan bello, tan bello... aunque ya no esté, necesariamente, cerca del mar.
- Nosotros somos una isla. La isla es un barco. Dulce María hablaba de que los conquistadores, los viajeros europeos, llamaron al continente la tierra firme, y lo menos firme es la isla. Nosotros necesitamos el mar, tenemos un diálogo con el mar. En La Habana, en Santiago, en Cienfuegos, se repite un poco todos los días, lo que en Venecia, cuando el dogo, antiguo gobernante de aquella república, salía en el Bucintoro —que se llamaba así su nave maravillosa— se quitaba el anillo y lo lanzaba al agua, en un ritual que significaba el matrimonio, perpetuo entre Venecia y el mar. Nosotros todos los días reiteramos ese enlace con el mar. | Tomado de Granma. Madeleine Šautić, *Eusebio Leal: Si volviera a vivir sería cubano* (entrevista).

